

Fernando Bermúdez

Luz  
en el desierto



Desclée De Brouwer

FERNANDO BERMÚDEZ LÓPEZ

LUZ EN EL DESIERTO

---

DESCLÉE DE BROUWER  
BILBAO - 2015

# ÍNDICE

---

PRÓLOGO . . . . .	11
INTRODUCCIÓN . . . . .	15
I. DEL RUIDO DEL MUNDO AL SILENCIO DEL MONASTERIO . . . . .	21
II. ERRANTES POR LOS MONTES DEL DESIERTO . . . . .	31
III. DIÁLOGO ENTRE DOS ANACORETAS . . . . .	39
IV. VOLVIÓ A NACER DE NUEVO . . . . .	51
V. SALIÓ AL ENCUENTRO DE LOS POBRES Y MARGINADOS . . . . .	57
VI. DONDE DOS O MÁS SE REÚNEN, ALLÍ ESTOY YO . . . . .	67
VII. UN NUEVO ESTILO DE VIDA COMUNITARIA . . . . .	75
VIII. EL CENOBIO . . . . .	91
IX. ENCUENTRO CON UN NUEVO PROFETA . . . . .	97
X. VIO LA LUZ CARA A CARA . . . . .	103
EPÍLOGO . . . . .	111

## A MODO DE PRÓLOGO

---

Fernando Bermúdez, cristiano coherente y comprometido, misionero, a la vez que lúcido teólogo, da un paso más en su prolífica creación teológica con este su nuevo libro. *Luz en el desierto* es una breve novela –él la califica de parábola histórica– que comienza haciendo referencia al estilo de vida de las primeras comunidades cristianas caracterizado por la fraternidad, la comunión de bienes y la negativa a rendir culto al emperador. Asimismo, glosa el favor que la Iglesia recibió de Constantino el Grande, lo que supuso la pérdida de los valores evangélicos. El rechazo de muchos cristianos a esta nueva realidad propició la aparición de “la vida anacorética y monacal que busca la purificación del espíritu mediante la negación de los placeres del mundo”.

Los anacoretas Agatón y Onofre son los protagonistas del relato, personajes simbólicos movidos por la misma finalidad, pero con sensibilidades distintas. A través de sus diferencias, ambos van profundizando en las dos dimensiones inherentes a la vida cristiana. Agatón se inclina por el cultivo de la vida interior: oración, encuentro con Dios, silencio del corazón, desprendimiento de las cosas, vaciamiento, escucha y severas penitencias. Por el contrario, Onofre, desde la contem-

plación del Misterio en el silencio del desierto, opta por ser luz que ilumine la adversa realidad del prójimo y de la sociedad, alzando, con este objetivo, su voz profética siendo solidario con los sufrimientos del prójimo. El diálogo que mantienen los dos amigos (capítulo 3) es impresionante por su sinceridad y por el vívido contraste de las dos sensibilidades con las que cada uno de ellos intenta dar sentido a su vivir en el desierto. Agatón piensa que mortificando los sentidos alcanzará “la gracia y la contemplación de Dios”. Para Onofre lo decisivo no es la penitencia sino “la confianza plena en Dios, el amor fraterno, la reconciliación y el servicio de unos a otros”. Los distintos medios que ambos eligen a fin de ser fieles a Dios marcan su existencia: uno persiste en el rigor de la tradición ascética y el otro se abre a un Dios-Padre todo amor y omnipresente en los distintos ámbitos de la vida.

En este, su nuevo libro, Fernando Bermúdez profundiza en la evolución, constancia, coherencia y permanente búsqueda del camino cristiano de fe y vida. La lectura del epílogo que cierra la narración constituye un placer. Con un lenguaje evocador y cargado de energía, el autor elogia las bondades del “desierto”, el “éxodo” y otros símbolos relacionados con los profetas, trazando, a su vez, paralelismos con nuestra vida diaria y sus instituciones. El mensaje rezuma entusiasmo y esperanza.

La parábola que el autor nos ofrece en este libro viene a decirnos que muchos de los contenidos que tradicionalmente han definido la fe cristiana deben estar en permanente actualización. Somos testigos de nuevos tiempos en los que la vivencia de la espiritualidad comienza a adquirir novedosas y creativas formas que

no se corresponden con las prácticas religiosas tradicionales ni con determinados postulados de fe. Nuevos ejes y nuevos paradigmas se abren paso en el futuro de la teología. Bien podríamos decir que asistimos al inicio de un nuevo éxodo en el marco de una profunda revisión y renovación del qué y el modo de nuestra fe cristiana. En ella, la preeminencia que actualmente tiene el culto debiera dar paso a la vivencia de la fraternidad, siendo una de sus prioridades la causa de los excluidos del sistema.

*Emilio J. Soriano*

## INTRODUCCIÓN

---

Jesús de Nazaret formó con sus discípulos y discipulas una comunidad de hermanos, un movimiento de hombres y mujeres que le acompañaron y le siguieron en la construcción del reino de Dios, que es comunidad de amor y buena noticia para los empobrecidos de la tierra. Este movimiento continuó en las comunidades cristianas, las cuales asumieron el ideal de vida del mensaje evangélico tal como lo describe el libro de los Hechos de los Apóstoles. Tenían un solo corazón y una sola alma y ninguno poseía como propia cosa alguna. Todo lo tenían en común. No había entre ellos necesitados, pues los bienes se distribuían entre todos según la necesidad de cada uno. Celebraban la Cena del Señor con alegría y sencillez de corazón. Juntos oraban, alababan a Dios y anunciaban con valor la resurrección del Señor Jesús. Eran conscientes de que su misión es hacer presente en el mundo la propuesta de Jesús, el reino de Dios.

Desde el comienzo, las comunidades cristianas fueron perseguidas, primero por las autoridades judías, después por el imperio romano. Frente a los decretos de los emperadores, los cristianos se encontraron ante una dura disyuntiva: o aceptar vivir como todo el mundo, dando culto al emperador y acomodándose al

sistema clasista e inhumano del imperio, o rechazar la idolatría para vivir un nuevo estilo de vida basado en los valores evangélicos de justicia, fraternidad y solidaridad. Al optar por esa segunda alternativa eran conscientes de que se arriesgaban a vivir marginados y ser perseguidos.

Las comunidades cristianas dijeron “no” al estilo de vida del imperio. Es por eso que fueron consideradas ilegales y los cristianos fueron vistos como rebeldes, lo cual desencadenó múltiples persecuciones a lo largo de los tres primeros siglos. El testimonio de los que derramaron su sangre en fidelidad a Cristo y su Evangelio significó una fuerza para las comunidades. Fueron millares los mártires de las persecuciones romanas. Pero en medio de la persecución y el martirio la Iglesia se fortalecía y crecía. Tertuliano, teólogo y mártir de principio del siglo III, decía: “*Sanguis martyrum, semen christianorum*” (la sangre de los mártires es semilla de cristianos). Desde el comienzo, los cristianos que permanecieron fieles en medio de la prueba, visualizaron el martirio como un don de Dios a la Iglesia, un ideal, un “bautismo de sangre”, porque es la mayor prueba de amor y de fidelidad. La persecución unió aún más a las comunidades, de manera que los perseguidores dijeron de los cristianos: “Mirad como se aman”.

El año 313 el emperador Constantino proclamó el Edicto de Milán, por el que se concedía libertad a los cristianos. En sí mismo fue un acontecimiento positivo porque la libertad religiosa es un derecho que todo ser humano tiene de expresar sus creencias. Pero Constantino no solo promulgó la libertad religiosa en el imperio sino que donó a la Iglesia palacios y basíli-

cas y, después, su hijo Teodosio, obligó a todos los ciudadanos a que abrazasen la religión cristiana. En realidad, parece que a los emperadores no les interesaba tanto la fe cristiana cuanto la unidad del imperio, y para ello, la religión jugaba un papel decisivo. A medida que la Iglesia iba adquiriendo privilegios se fue haciendo más atractiva para los poderosos. De esta manera, fue cayendo en las redes del poder y la riqueza. Pasa de una situación de persecución y martirio a ser la religión oficial del Estado y perseguidora de judíos y paganos.

Aumentaba el número de cristianos decepcionados por del rumbo que tomaba la Iglesia. Durante los primeros siglos esta fue sencilla, pobre y comunitaria. Sin embargo, después del Edicto de Constantino, vivió obsesionada por el poder, los privilegios y el lujo, lo que generó intrigas internas, aunque es verdad que siempre hubo personalidades de una gran talla humana y espiritual.

En este contexto histórico surge la vida anacorética y monacal. El término anacoreta viene del griego que significa “retirarse”. Hubo un movimiento de cristianos que se retiraron a un lugar solitario en el desierto para vivir en pobreza, silencio y castidad, entregados a la oración y a la práctica de la penitencia. Se hace una comparación entre el mártir y el asceta, que busca la purificación del espíritu mediante la negación de los placeres del mundo. El ascetismo fue considerado un “martirio espiritual”. Surge como una protesta silenciosa a la cristiandad imperial. Los anacoretas fueron, de alguna manera, los sustitutos de los mártires.

Este es el marco en el que se desarrolla el relato que describo en este libro. Pretendo con ello apuntalar el

camino de vuelta a las fuentes, a la simplicidad de vida de las primeras comunidades cristianas como una denuncia profética frente al estancamiento dogmático, al frío legalismo y ritualismo, al cultualismo vacío de espiritualidad y a la alianza histórica de la Iglesia con el poder y la riqueza.

En estos tiempos en que el Papa Francisco busca una renovación profunda de la Iglesia, este relato, que nos sitúa en el siglo IV, nos puede ayudar a entender la misión de los cristianos en el mundo en base a estas preguntas: ¿en qué medida la Iglesia está siendo fiel al estilo de vida propuesto por Jesús y vivido por las primeras comunidades cristianas?, ¿puede generarse una reforma en la Iglesia sin una conversión personal y comunitaria, fruto del silencio y experiencia de desierto? ¿Es posible vivir la espiritualidad del desierto en el trajín de cada día?

El libro está basado en acontecimientos y personajes históricos de aquel siglo, como Pablo el Ermitaño, Antonio, Pacomio, Basilio, Hilarión de Gaza, Pafnucio y Onofre, entre otros, pero desarrollados figurativamente, describiendo de un modo particular el itinerario espiritual de dos anacoretas, Agatón y Onofre, en el desierto de la Tebaida, en Egipto. Uno de ellos, desde un pensamiento neoplatónico, entra en un camino de desprecio del cuerpo y de todo lo material con rigurosos ayunos y penitencias. El otro, Onofre, descubre que la mortificación corporal, los ayunos y demás penitencias no son más que medios, que lo importante es el amor y el servicio. Y es ahí donde encontró la luz.

En este relato, que es como una parábola, coloco pensamientos en boca de los protagonistas, que responden a la problemática de nuestro tiempo en orden

a la construcción del modelo de Iglesia que Jesús quiso. Ha sido escrito en un clima de silencio, pensado, vivido y orado desde la pasión por una nueva humanidad y por una Iglesia al servicio del Reino.

# I

## DEL RUIDO DEL MUNDO AL SILENCIO DEL MONASTERIO

---

Amanecía cuando Onofre y Agatón, cansados del largo camino, se sentaron a la sombra de un árbol a la puerta del monasterio. Ambos se habían encontrado en la gran ciudad. Les unía la nostalgia por el estilo de vida de la primitiva Iglesia, por aquellas comunidades en las que “todos eran un solo corazón y una sola alma, y lo tenían todo en común”, tal como lo describe el libro de los Hechos de los Apóstoles. Los dos buscaban un regreso a las fuentes de la fe cristiana, viviendo en comunidad, en silencio contemplativo, oración y trabajo.

Onofre y Agatón, eran hijos de familias de la nobleza. Agatón apenas tenía 20 años de edad. Onofre rondaba los 23. En la primavera de su juventud habían experimentado la riqueza y los placeres del mundo, no encontrando en ellos sentido a sus vidas. Eran jóvenes insatisfechos, críticos, buscadores de nuevos horizontes, ansiosos por alcanzar sus sueños de ser y vivir al estilo de Jesús de Nazaret. Onofre confiesa que se dejó interpelear por aquellas palabras de Jesús al joven rico: “Una sola cosa te falta. Vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme” (Mc 10, 21). Las palabras de Jesús penetraron en su corazón de tal manera que vendió sus posesiones, las repartió entre los pobres y decidió retirarse a un monasterio.